



CAPÍTULO XIII

DE LOS DISCRETOS COLOQUIOS QUE PASARON ENTRE EL ESCRUPULOSO
DONCEL Y SU PROSAICO Y LADINO ESCUDERO.

Tan luego como se hallaron amo y escudero fuera del antro del interesado nigromante, miró Rutenio, por aquello de que las paredes oyen, de spartar a su amo tanto como creyó conveniente para poder platicar a sus anchas sin intérprete ni tercero y sin temor a ser oídos, no sólo por aquél, sino que ni aún por el mismo Lítico, y en cuanto estuvo bien asegurado de ello, así le dijo:

—Como quiera que es mi obligación mirar por sus intereses, le he llamado aparte, mio señor, para que examine y mire agudamente vuesaércé en la magnitud de los servicios con que nos puede favorecer este avaro y la conveniencia de que no se entorpezcan de puro frío, no vaya a ser que se vuelva atrás de su palabra y demos al traste con tan magnífico negoció.

A cuyas razones contestó, el doncel:

—No creas, Rutenio amigo, que me daría dos maravedíes gastar sin duelo obrando con justificación en el dispendio de mi hacienda, ya que asiento por necesario valerme de cualquier medio para poner en salvo a mi prometida. Por esta causa, entregaría de mil smores a ese hechicero

las millaradas de ducados e incluso las gemas que traemos en las mulas, y hasta las riquezas de Midas quisiera haber a las manos para dárselas, antes que comprar al fiado los materiales que precisamos, y aunque he de vencer el azar que me causa venir a tratos con tan abyecto personaje. ¡Guárdenos Dios de hombres de este argez!, porque el que no se fía, no es de fiar, una razón poderosísima hace caerse las alas de mi ánimo, impidiéndome seguir con el asunto adelante. Mas, dejando esto aparte, procura no repetir lo que hiciste en la cueva, que, hablar de dedo, guñiar del ojo y dar del pie, son hechos muy propios de hombre falso, malicioso y apóstata, y a este respecto, recuerda la coplilla:

*Con cada miembro,
el oficio que convenga;
no hables con el dedo,
pues no cosas con la lengua.*

A lo que contestó el escudero sin darse por entendido de la última observación de su señor:

—¿Qué razón es en suma la que mueve a voacé a dar de mano este asunto?

—La de que con todo y las aseveraciones que nos hizo antes el amigo Litio y ahora el avaro Hydorargyros abonando en lo contrario, a lo que alcanza mi torpe inteligencia y a lo que creo, páreceme que nos vamos empozando de grado en grado en el mismísimo reino de Luzbel, y aunque te confieso, Rutenio que he sentido fervientes deseos de llevar adelante este negocio, con más fuerza y poderosamente, desviándome del torcido camino que nos proponíamos emprender. ¡A fe que aire tiene todo esto de sacrilegio, por creer que hace la más alta injuria y deshonra a la divina Majestad!

—¡Guárdenos Dios que fuera cierto! —contestó el criado—. ¡Bah, señor! ¡Ya veo que gusta vuesa señoría hacer caramillos de cualquier cosa y que anda ocupando sus cuidados en lo que no le ha de tener! No soy de la misma opinión, mas, déme que así fuere, no debe andar marchito con la perplejidad, que no nos han de ahorcar, ni se le ha de quebrar brazo ni pierna por ello, siendo así que ya habremos ocasión sobrada de dar a Dios estrecha cuenta de nuestras nobles intenciones cuando comparezcamos ante el santo tribunal en que se verá quién fué Callejas, ya que cada uno ha de darla del bien o del mal que hizo, y en que no se pasa ningún pecado entre renglones, por salir todo, como dicen, en la colada, que Dios, que está en el cielo, que juzga los corazones, es santo viejo, todo lo oye y todo lo ve. todo lo sabe y todo lo entiende, y da lo que conviene al hombre y allá se lo haya cada uno con sus pecados.

—Aunque esto también tomará el Señor en cuenta, aun dello reirásese el diablo. ¡No pruebes otra mano, Rutenio! Mi honor, a vuelta de otras cosas, me cortá los pasos a que preste oídos a este brujo.

—¡Pues sí, mío señor —dijo el mozo con ironía—, que se ahoga en poca agua y que hila estrecho en tocante al espíritu! Como le pedí en otra ocasión, suplicole que me deje hacer vuestra señoría y, diga quien dijere, en la inteligencia de que arreglaré este asunto a mis solas y a su entera satisfacción para salir afortunados en el alcance de lo que queremos saber. ¡A fe mía que sé atarme el dedo y que háceseme pan y miel conseguir mi propósito!

Aunque al parecer no tenía malos fundamentos, no convenciendo estas razones al honesto mancebo, movió la cabeza con marcado ademán de negación y dijo:

—Ya sabes, Rutenio amigo, que te he dado a manos llenas mi confianza, mas, aunque quisiera hacer las cosas a gusto de tu paladar, me es de todo punto imposible. No embargante, no ha de melancolizarte este pensamiento. Ya he mirado bien en ello y hallo por mi cuenta que aunque estoy metido en barranco del que con dificultad podré salir, con todo y ponerme delante Fortuna mil azares, y aunque habremos de poner buena parte de esta empresa en manos de tan veleidosa señora, pues a más no poder, como dijo el otro, no hay cosa fuerte, gracias a que no ha de faltarnos la merced de Dios, saldremos al fin y a la postre con nuestra intención a pesar de todo el mundo, desbaratando los propósitos de cuantos se propongan cerrarme el paso, pues, en atravesándose el recuerdo de mi amada, rompo y romperé con cuantas dificultades nos salgan al camino, dado que altos designios perseveran en mi corazón sin objeto determinado ni saber hasta ahora hacia dónde me llama la obscuridad de mi esperanza. Quiero decirte que ya sabré componérmelas y proceder por medios convenientes a nuestros fines, para que, sin auxilio de este redomado pícaro, según y cómo nos den comodidad nuestras propias fuerzas, le descornemos las flores a los malvados Neter y Cesio, que no son más que espantajos de tijera. Por otra parte, ten presente, amigo mío, que los pobres desapadrinados y perseguidos en el mundo, como tengán razón, por su simple palabra serán oídos y que no se ha de negar justicia a quien la pide. Por todas estas causas, y pues que confío en la misericordia y humanidad de los hombres, ya que, donde una puerta se cierra otra se abre, aunque ahora no tengamos quien nos acuda con lo necesario, te doy seguro que he de dar con los raptores, que les descubriré el juego y las tretas de que se valen para sus encantamientos, no dándoles entonces tregua ni cuartel aunque se escondan debajo de siete truenos.

No dió su brazo a torcer Rutenio, siendo así que, abogando por su causa, respondió:

—No comulgo con vuestras ideas, señor mío, entre otras cosas porque nunca el pequeño fué oído en juicio; mas dejemos esto, y pues más da el duro que el desnudo, ¿por qué no prestar oídos a las palabras de este viejo interesado, que sabe más que un torrezno? Piense que rodearlo

todo buscando por la haz de la tierra a dos personajes de quienes nadie sabrá darnos razón, es como andar a chitos. Si ya nos facilitó noticias de algo que engendra una preñez tan grande en quien se oye que mente humana alguna hubiérale dado alcance, ¿por qué no habrá de abrir la palma y alargar y tender la mano como ha hecho la jura a Idesgaire, a los medios que precisamos?

Quedó en este punto el doncel Palatino en silencio, no sabiendo darse a entender si tomar o no entera resolución en cosa tan obscura, hasta que al fin respondió:

—Estoy entre dos aguas, Rutenio. Ello ha de ser, una de dos: o dejarlo todo al amor de su demanda, en cuyo caso habríamos de poner en sus manos no sólo el dinero, sino cuanto traigo en las mulas, o ver la nuestra sobre el hito de una contratreta de mayor cautela para destejer la tela que ha tejido con su alevosa cautela, lo cual no va con mi manera de sentir.

—¿Y para qué estoy yo sino para eso? —contestó el escudero—. ¿Depositar en su poder nuestro tesoro? ¡Quiá! ¡Ni por pienso! ¡Abernuncio, Satanás, mala capa llevarás! Lo que vertido en buen romance quiere decir, mío señor, que el que desea vivir honesta y honradamente con mucha conciencia, vivirá pobre, pues, si a blanca vale la vaca, mas, ¿qué es de la blanca?

—Advierte, Rutenio, ya que tan dado eres a los refranes, que no se dice abernuncio sino abrenuncio, mas dejemos este digolondángolos que ni va ni viene por ser cosa de poco jugo y momento, y lleva tu cuento adelante. ¿Qué proposición es ésa que echabas en corro?

—Quería que os echaseis a dormir sobre ello, amo mío —respondió el escudero—, en que no sería propio de un caballero como vuesa merced es, andar a la sopa alcanzado de cuentas, mendigando lo más preciso para el sustento, que pedir merced con título de pobre es como esperar un "Dios te ayude" y, aunque me sobran ánimos y capacidad para dar al través no ya con una simple liebre, mas con una conejada entera, es preferible adquirirlas ya estofadas, es a saber, que nos conviene andar sobrellevados, alejando de nosotros al enemigo duro de la pobreza, que el dinero se ha menester preciso como el pan de la boca y por cordura y buen gobierno, y pues tanto vales cuanto tienes, debemos apretar la mano, ir ten con ten y a pasos contados en lo tocante a gastar, que a do sacan y no pon, presto llegan al hondón, y que el amigo más cierto es el dinero, por ser llave que hace a todas puertas. ¡El dinero hace al hombre entero, y dinero haya en el bolsón que no faltará quien haga el son! Mire que andamos en oficio harto peligroso, erizado de inconvenientes y de ocasiones forzadas, no habiendo a la mano por ahora otra salvaguarda que nos ampare y socorra. ¿O es que está vuesarcé decidido a consumirse de polla y andar con un trapo atrás y otro adelante, por puertas, demandando el sustento de haldas y de mangas y pidiendo limosnas con ruegos y lamentaciones?